

La recepción de la metaforología de Hans Blumenberg

Josefa Ros Velasco

A propósito de A. FRAGIO, D. GIORDANO (eds.), *Hans Blumenberg. Nuovi Paradigmi d'analisi*, Aracne Editrice, Roma, 2010, 356 pp.

Nuovi Paradigmi d'analisi es una obra que compendia las más recientes interpretaciones del pensamiento blumenbergiano a través de originales aproximaciones al mismo, en su amplia variedad de perspectivas, de la mano de Rafael Benlliure Tébar, Andrea Borsari, Manlio Della Serra, Olivier Feron, Alberto Fragio, Diego Giordano, Matías González, César González Cantón, Emanuela Mazzi, Vida Pavesich, Martina Philippi, Antonio Rivera García y José Luis Villacañas. El recorrido a través de un total de doce artículos, liderados por el *Saggio introduttivo* de Diego Giordano, adentra al lector en el análisis de las más profundas inquietudes del filósofo alemán, conduciéndolo desde el espacio antropológico hasta el ontológico, pasando por el estudio de la retórica, y concluyendo con el planteamiento de lo que el propio pensador denominó metaforología y su posterior Teoría de la inconceptuabilidad; a partir de las cuales puede, en última instancia, derivarse toda una serie de consecuencias de cara al ámbito moral y político. Si algo caracteriza el pensamiento del autor, que a lo largo de las páginas se examina, es su capacidad para englobar bajo un mismo prisma cualquier problemática relativa al ser humano y su existencia; en otras palabras, las reflexiones de Blumenberg acerca de la relación del hombre con la realidad suponen la reestructuración conducente a una homogénea perspectiva de todos los ámbitos de pensamiento: la antropología, la ontología, la epistemología, la ética o la política, entre otros.

LAS CLAVES DE LA FILOSOFÍA BLUMENBERGIANA

El estudio del pensamiento blumenbergiano comienza, con frecuencia, con la recepción del *animal symbolicum* al que Cassirer dedicó especial atención en su obra *Filosofía de las formas simbólicas*. A partir de su análisis antropológico concebimos la esencia del ser humano a través de su capacidad creadora de sentido, que a su vez deriva de una combinación entre su facultad imaginativa y su carencia de respuesta instintiva —en el modo en que se pro-

duce en el resto de animales—. El hombre es capaz de generar multiplicidad de respuestas en su trato con el entorno, respuestas que facilitan su desarrollo y supervivencia componiendo un medio estable y sobre las cuales se ordena el caos de sensaciones recibidas de la realidad, al tiempo que se configura todo un universo de sentido, gracias al instrumento racional de la imaginación mediante el que sus carencias biológicas se suplen.

Siguiendo este planteamiento, Blumenberg ha dado un paso más en dirección al análisis de la relación que se articula entre el hombre y la realidad, a través de lo que se conoce como la hipótesis del absolutismo de la realidad, sobre la que se dibuja una relación tormentosa entre ambas entidades, dominada por el desajuste y la inadecuación o la constante lucha contra el sin sentido. Bajo la hipótesis blumenbergiana, el ser carente de respuesta innata que somos se ve obligado a dar rienda suelta a su propia obra —siguiendo la terminología de Benlliure (p. 311)— para tratar de reconducir las disonancias resultantes de su trato con una realidad que en todo momento se le presenta de forma prepotente y amenazadora, dada la situación de desconocimiento hacia la misma y la incapacidad para articular palabra alguna frente los aspectos más inaccesible de esta. El desajuste se debe, como ha declarado Blumenberg en su obra *Lebenszeit und Weltzeit* (1986), a la constancia que el hombre tiene de la desproporción existente entre su tiempo de vida como ser mortal, y el tiempo requerido para la consecución de sus deseos y pretensiones —relativos al ideal moderno que aboga por alcanzar espacios de conocimiento absolutos y definitivos—, propio de la inmortalidad. Es precisamente la mediación que se establece a través del edificio simbólico, entre el hombre y la realidad, la que posibilita que el mundo represente y signifique un escenario con sentido para nuestra especie, y que podamos esbozar algún tipo de conocimiento sobre el mismo, corrigiendo las disonancias existentes y evitando que estas crezcan desmesuradamente.

Sólo una vez establecidas tales claves del pensamiento blumenbergiano, podemos dar paso al análisis de su metaforología, a partir de la cual derivan toda una serie de repercusiones en la actualidad, que atenderemos más adelante. Con el término *metaforología*, Blumenberg hace referencia a una teoría de las representaciones que el hombre crea de su existir y del mundo y a la función que estas desempeñan de cara a la comprensión y organización de la vida y la realidad, a través de la figura retórica de la metáfora. Las metáforas han sido consideradas desde la Antigüedad como elementos decorativos del lenguaje, que pueden perfeccionarse hasta alcanzar el estatus del discurso teórico y conceptual. Pero más allá de esto, son elementos irrenunciables e ineludibles de cara a la relación del hombre con la realidad, porque permiten hacer presente lo ausente, porque hacen saltar a la vista aquello que no se ve —en términos aristotélicos— y posibilitan el

acceso a lo inefable de la realidad, conformando una forma irreducible de pensamiento.

Así ocurre en el caso más curioso de metáfora, que Blumenberg ha señalado como «metáforas absolutas», aquellas que por su significación y por la parte de la realidad sobre la que ofrecen un tipo de conocimiento, nunca podrán llegar a perfeccionarse en un tipo de discurso más elaborado de carácter teórico. Estas metáforas absolutas designan irrealidades sensitivas, aspectos de la realidad que percibimos pero que no podemos abordar conceptualmente, esto es, la parte inconceptualizable del mundo cuyo contenido semántico no es posible expresar teóricamente.

La función de éstas metáforas reside en dar respuesta a las grandes preguntas que suponemos que la especie humana no puede abandonar, que derivan precisamente de esa inadecuación entre el hombre y la realidad, y que tampoco pueden ser respondidas a través de un discurso de carácter unívoco. Tales preguntas —como ha señalado Matías González (p. 286)— son el núcleo que permanece y que justifica el cambio de época, cuando la respuesta dada a estas deja de ser útil y se hace necesario edificar, simbólicamente hablando, otro compendio de respuestas. Esta dinámica no puede por menos que situar el constructo humano en el plano de la múltiple, traslaticia y compleja retórica. La valía de la metáfora absoluta, desde el punto de vista blumenbergiano, estriba precisamente en que ofrece respuestas provisionales a las preguntas ineliminables, posibilitando la explicación de ciertos aspectos de la realidad que nos resultan impenetrables de otro modo debido a su carácter total y de cuya elucidación depende la posterior organización y estructuración de la praxis. Las metáforas absolutas, siguiendo lo anterior, cumplen dos funciones complementarias: una teórica, en tanto que abren horizontes totales y permiten explicar aspectos de la realidad que se escapan al discurso conceptual; y una pragmática, dado que a partir de la expresión de la totalidad y el consiguiente sentido que deriva de esta, resultan determinadas expectativas y patrones orientativos bajo los que se estructuran nuestros esquemas de comportamiento. Una característica funcional, asimismo, que Blumenberg ha reconocido en las metáforas desde sus más tempranos estudios, es su utilidad para estudiar los distintos horizontes de pensamiento rastreando el componente metafórico que subyace bajo la elaboración conceptual y las constantes modificaciones que estos sufren. Veamos más detenidamente tales momentos.

La metaforología blumenbergiana se ha desarrollado en dos etapas: una primera de la que tenemos constancia a través de su obra *Paradigmen für eine Metaphorologie*, publicada en el año 1960, y una segunda que se configura en los años siguientes a la publicación de ésta primera obra, y que se consolida en el año 1979 bajo el texto *Ausblick auf eine Theorie der Unbegrifflichkeit*.

Paradigmen für eine Metaphorologie había sido publicado en el *Archiv für Begriffsgeschichte*, una revista que el filósofo alemán Erich Rothacker había levantado con la ayuda de Hans—Georg Gadamer y Joachim Ritter, para vivificar la *Begriffsgeschichte* fundada por el filósofo Dilthey. Esta obra se escribe a colación de la tesis que Ritter había defendido en el prólogo al primer volumen del *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, en oposición al ideal cartesiano de una construcción clara y distinta de los conceptos. Tanto para Ritter como para Blumenberg, el estudio de la metáfora era imprescindible para el análisis de los conceptos, pero este último se ha detenido especialmente en este punto para reivindicar el lugar que corresponde a la metáfora.

La reivindicación blumenbergiana del papel de la metáfora comienza por recordar el lugar que las metáforas ocupan dentro de la investigación conceptual, en un primer momento como representación guía a través de la cual puedan analizarse los conceptos y enunciados de una época y en un segundo momento como raíz del concepto que se analiza en cuestión. En esta primera obra sería de Blumenberg se trata de reconocer aquello que el concepto le debe a la metáfora, por la cual tiene sentido y ha llegado a ser lo que es. Asimismo, las metáforas son un recurso imprescindible dentro del estudio de la historia de los conceptos, en tanto que se encuentran en un estadio previo a la formación de estos y a través de ellas podemos encontrar el registro de las dificultades y los cambios que han sufrido hasta convertirse en conceptos. La originalidad de la obra de Blumenberg reside en el recurso de nociones tales como la de «metáfora absoluta» o «metáfora explosiva» a través de las cuales trata de explicar hasta que punto las metáforas pueden llegar a expresar un determinado horizonte de comprensión o una concepción de la realidad, de la que depende nuestra seguridad ontológica.

Con la llegada de *Ausblick auf eine Theorie der Unbegrifflichkeit*, observamos una mayor coherencia con respecto al punto de partida de los estudios blumenbergianos sobre el lugar de la metáfora, todo un cambio en la dirección tomada desde su primera tesis en cuanto a la forma de entender la metaforología. Ahora el protagonismo y el interés de su investigación recae en las cuestiones sobre aquella parte de la realidad que se resiste a ser explicada con conceptos, así como al análisis de las condiciones antropológicas que dirigen nuestra mirada hacia tales aspectos de la realidad —siguiendo la línea de pensamiento de filósofos como Ernst Cassirer, Arnold Gehlen o Helmuth Plessner, con relación a cuestiones relativas a la antropogénesis—.

Desde este momento, las metáforas seguirán cumpliendo con la función explicativa y pragmática que habían supuesto ya en su primera obra; pero además, el estudio sobre las estas sufre un giro en tanto que se abandona el eje prospectivo que trataba de «ir hacia delante» y ver qué hay de metafórico en los conceptos, y se desarrolla un interés por las conexiones «hacia atrás» que

la metáfora tiene con el mundo de la vida, esto es, por las condiciones que generan nuestra dependencia de ella para explicar la parte de la realidad a la que sólo se tiene acceso mediante formas pre—lógicas, el lugar de lo inconceptualizable. La metáfora pasa a ser un caso especial de inconceptuabilidad y en su caso, las metáforas absolutas, no dejan de ser una manifestación más de la inconceptuabilidad, de la existencia de las formas inabarcables de la realidad.

El papel que Blumenberg atribuye a las metáforas es el de la difuminación de las fronteras entre la realidad y la ficción. La parte de la realidad a la que no tenemos acceso se resiste a nuestra mirada directa, y es allí donde aparecen las metáforas absolutas para mediar entre nuestro intelecto y la realidad absoluta. Metáforas como la de la *creatio ex nihilo* no hacen más que recordarnos que la situación mundanal es inconceptualizable, que no podemos aprehender ciertos aspectos que están presentes acerca de la realidad y que, por lo tanto, no existe un fundamento de nuestro ser, lo que hace del hombre algo indefinible.

A pesar de que Blumenberg no ha desarrollado una justificación propiamente dicha en sus obras, existen buenas razones para considerar plausible la hipótesis del absolutismo de la realidad y la consecuente necesidad de las metáforas absolutas como instrumento que permite el distanciamiento de la prepotencia evocada por la Naturaleza. Aunque no contamos con un fundamento teórico para defender la necesidad de las metáforas absolutas, estas sí quedan preservadas, sin embargo, desde un punto de vista pragmático, dada su utilidad y capacidad para producir sentido allí donde sólo hay vacío y desconcierto, proporcionando un conocimiento de lo existente total en sentido funcional, aliviando el consiguiente malestar que deviene de la ausencia de fundamento y permitiendo, en última instancia, reorientar la praxis en función del mismo.

Con frecuencia encontramos en la obra blumenbergiana y en los receptores de su pensamiento la alusión al *Principium Rationis Insufficientis*, por el cual sabemos que, teniendo distintas hipótesis excluyentes entre sí, entre las que nos es complicado decantarnos, es lógico asignar un valor probabilístico a cada una de ellas de forma intuitiva y de manera no fundamentada, lo que demuestra que cualquier realidad es igualmente posible en función de la hipótesis que consensuamos privilegiar, siempre bajo parámetros retóricos. El principio no sólo se aplica a la justificación de la hipótesis del absolutismo de la realidad sino que también es tomado como un instrumento persuasivo de cara a la defensa del estatus de la metáfora absoluta como fuente de conocimiento y guía en la praxis. Siguiendo esta línea, Blumenberg conduce al lector a pensar en las ventajas que trae consigo apoyarse en un saber que, por su cariz retórico, se enmarca en el ámbito de la verosimilitud y la probabilidad, en tanto que a pesar de su falta de fundamento teórico, posibilita el acceso a un conocimiento de la realidad que se traduce en estabilidad y equilibrio

social al fin y al cabo. La apuesta blumenbergiana por la metáfora absoluta reside, en definitiva, en su eficacia para mejorar la vida del hombre, convirtiéndose así en una herramienta indispensable y en ningún sentido irracional.

Llegados a este punto podemos dar paso a las interpretaciones y consecuencias derivadas de un sistema filosófico que, partiendo de la presunción de un desajuste entre el hombre y la realidad —provocado en gran medida por la diferencia entre el tiempo de la vida y el tiempo del mundo—, ha asumido la esencia simbólico-creativa del ser humano como punto sobre el que se erige una realidad determinada por nuestra facultad imaginativa; sirviéndose, en todo caso para ello, del instrumento metafórico con el que generamos respuestas a preguntas ineliminables que nos exigen un esfuerzo constante frente a la corrección de las disonancias en nuestro trato con el mundo.

LAS LÍNEAS INTERPRETATIVAS DEL PENSAMIENTO BLUMENBERGIANO

Las repercusiones y consideraciones acerca de la obra de Blumenberg, así como las posibles líneas de investigación abiertas y la aplicación de su pensamiento a distintos ámbitos de estudio, no han empezado más que a ser escurtidas en la actualidad. *Nuovi Paradigmi d'analisi* recoge algunas de estas asociaciones y aproximaciones del todo seductoras, a las que el pensamiento del filósofo ha dado lugar pero que de hecho, nunca fueron formuladas explícitamente en los textos que hasta ahora conocemos. El rastreo de los problemas que plantean los cambios de época a partir la sucesión de respuestas y el darwinismo sobre el que se debaten las distintas configuraciones de sentido; la exploración de una relación bicondicional entre las disciplinas antropológica y ontológica; la apuesta por la moral provisional y el establecimiento de la retórica como instrumento de combate frente al absolutismo político, así como la degeneración absoluta de nuestro propio edificio simbólico; o la crítica subyacente a la presunción de univocidad de la ciencia en la modernidad, son algunas de las interpretaciones que devienen de la filosofía blumenbergiana en la actualidad.

Blumenberg postulaba en su obra *Paradigmen für eine Metaphorologie* el papel que las metáforas desempeñaban dentro del espacio de la *Begriffsgeschichte* y cómo estas permitían rastrear las raíces de pensamiento de cada época. Tal y como han apuntado Alberto Fragio y Matías González —en *Das Überleben der Übergänge* y en *Contraposiciones y diferencias*, respectivamente—, las metáforas, en su calidad de respuesta ante preguntas de carácter ineliminable, se convierten en una suerte de instrumento hermenéutico que posibilita —partiendo de la base de que tales preguntas permanecen a lo largo de la historia de la humanidad—, examinar las distintas respuestas metafóricas que se han elaborado para responder a estas en diferentes épocas.

Teniendo presente el carácter metafórico de la tradición occidental, es posible analizar la estructura de la historia a través del análisis de las metáforas subyacentes bajo todo tipo de pensamiento teórico que configura el modo de pensar y de actuar en una época determinada. La metaforología blumenbergiana sería así la historia de las metáforas como historia de las respuestas dadas a un cómputo de preguntas que, en mayor o menor medida, permanecen a lo largo de la historia y que, según fue puesto de manifiesto en la obra *Die Legitimität der Neuzeit* (1966), son heredadas de un periodo a otro, variando únicamente la respuesta metafórica en cada caso. Es la respuesta metafórica a las grandes preguntas eternas la que conjuga un periodo histórico determinado.

En este aspecto destaca, como han apuntado Alberto Fragio y Matías González, la reflexión acerca de las causas por las que permanecen tales preguntas y cómo se produce el cambio de una respuesta a otra. Matías González —siguiendo la estela de E. Palti— afirma en su artículo que para sostener la hipótesis bajo la cual las preguntas eternas permanecen a lo largo de la historia y son heredadas de una época a otra, *se plantearía la necesidad de postular la existencia de un residuo de facticidad ineliminable* [lo que] *daría lugar a una nueva serie de interrogantes* (p. 288), que aún están por analizar. A pesar de ello, seguimos considerando la hipótesis de un núcleo sobre el que se conforman nuestros artificios. Por otra parte, González considera imposible la expresión en términos conceptuales de la razón por la que una configuración simbólica deja de cumplir sus funciones y da paso a una nueva obra —como apuntaba Benlliure—, y por lo tanto, a una nueva época. Según sostiene Fragio (p. 40), apoyándose en el texto *Die Legitimität der Neuzeit*, el umbral de época viene dado, de la misma manera que ocurre en el caso de los paradigmas kuhneanos, cuando nos encontramos con un exceso de preguntas que se torna inasumible o bien cuando las respuestas dadas dejan de satisfacer nuestras expectativas de sentido, dejando tras de sí un vacío que nos urge ocupar con una nueva configuración simbólico-metafórica. Es un hecho que los seres humanos, tarde o temprano, nos vemos expulsados del medio construido y somos obligados a reocupar uno nuevo. En palabras de Hobbes —traídas a colación mediante el texto *Leviatán* de José Luis Villacañas— *así como se tejen las invenciones de los hombres, así también se destejen* (p. 76). Enmanuela Mazzi lo justifica —en *La riflessione di Blumenberg sull'impresa spaziale*— a través de la noción del ser nómada del hombre, por el cual somos impulsados a cambiar constantemente de horizonte, dada la tensión provocada por la separación entre el tiempo de la vida y el tiempo del mundo.

En definitiva, son numerosas las cuestiones que se plantean al hilo de la respuesta simbólica del hombre, y que Matías González ha tratado de esclarecer situando la dinámica establecida entre estas bajo el paradigma darwinista,

por el cual ciertas creaciones proliferan sobre otras en función de su utilidad para nuestra supervivencia.

La relación entre antropología y ontología se torna especialmente significativa cuando logramos obtener una doble implicación entre ambas disciplinas en términos lógicos, en la manera en que puede derivarse desde la perspectiva expuesta por Cesar González Cantón en *Absolutism: Blumenberg's Rethoric as Ontological Concept* y por Emanuela Mazzi —en el artículo anteriormente citado—. El simbolismo creador del hombre edifica, en términos nietzscheanos, un mundo al lado del mundo, un sistema objetivo a través de la interacción entre los propios sujetos, tal y como advierte Andrea Borsari en *Il Simmel antropologo della Beschreibung: una notorella*. La ontología, según ha constatado Cesar González, está determinada por nuestro carácter creativo, esto es, «lo que hay» para el hombre no es más que lo que este provoca que haya, a través de su facultad imaginativa y el simbolismo creador que lo caracteriza. Esta perspectiva sitúa el estudio ontológico en íntima dependencia del antropológico: de los supuestos de esta última disciplina dependen los de la primera. En otras palabras, el carácter retórico que Blumenberg atribuye al poder configurativo del hombre, define a este y a su vez, nos advierte de los límites en los que se circunscribe el estudio acerca de «lo que hay». Al determinar la antropología humana sobre la base del simbolismo creador, ha quedado determinado, asimismo, el objeto de estudio de la ontología, en tanto que lo que el hombre dice que hay, no sobrepasa bajo ningún concepto los límites de su propio constructo.

Por su parte Mazzi, ha explorado este camino, a través del cual la relación metafórica que media entre el hombre y la realidad posibilita nuevas formas de concebir los fenómenos. Pero de igual manera ha indagado en el camino inverso, aquel que parte de la ontología y nos conduce hasta una determinada concepción de la antropología humana. Según apunta, es a través de nuestra relación con el espacio en el que se da «lo que hay», por la que llegamos a conocer qué y cómo somos los integrantes de nuestra especie. Nuestro trato con una realidad hostil mediado por la retórica nos proporciona conocimiento acerca de cómo son las cosas y nosotros mismos. A partir de nuestra relación con «lo que hay» acabamos por comprender qué tipo de ser somos, un ser limitado, inadaptable, fáctico y gratuito —en palabras de Olivier Feron (p. 216)—, necesitado de un sentido y un equilibrio que ha de proveerse por sus propios medios.

En estos dos sentidos recorreremos el camino que parte de una determinada concepción antropológica para llegar hasta una ontológica, y el camino que parte de un estadio ontológico para llegar a una determinada concepción antropológica; de manera que ambas disciplinas se convierten en dos caras de una misma moneda: la esencia del hombre determina lo que hay y lo que hay nos ayuda a entender como es la esencia del hombre.

El ámbito moral y político entran en juego a partir del pensamiento blumenbergiano toda vez que se esboza la función pragmática de la metáfora absoluta como guía en la praxis. Como el filósofo ha puesto de manifiesto a lo largo de sus obras, una vez que las metáforas absolutas han logrado arrojar algún tipo de conocimiento sobre los aspectos más abstractos de la realidad que nos asola, se configura un espacio con sentido en el que se desarrolla la actividad humana. El tiempo del que dispone el hombre, dado su carácter mortal, para dar respuesta a los conflictos con los que convive en el espacio de la praxis es limitado, por lo que ha de recurrir a mecanismos de respuesta rápida. El tiempo de la vida del hombre y la emergencia de sus necesidades, tal y como venimos tratando, no dan lugar a un espacio suficiente para edificar una moral o una ley definitiva. Somos seres caracterizados por la compulsión a la acción y no podemos permitirnos dejar de actuar en ausencia de respuestas de carácter concluyente. Además, como había acuñado Fragio, las respuestas que son válidas en determinado constructo significativo, dejan de serlo tarde o temprano obligándonos a volver a hacer del mundo nuestra naturaleza —en palabras de Martina Philippi (p. 233)—, lo que convierte en improductiva la búsqueda de respuestas imperecederas que, además, son contraproducentes frente a nuestra dinámica esencial.

Así pues, las metáforas actúan como respuesta rápida y temporal ante las necesidades humanas, muestran verdades momentáneas a los hombres, quienes se sirven de ellas para tomar decisiones y orientar sus comportamientos. La justificación blumenbergiana de la necesidad de la metáfora nos lleva inevitablemente al abandono de la búsqueda constante de principios y conceptos universales en los que apoyarnos, de imperativos categóricos que, como ha defendido Antonio Rivera en *Reflexiones sobre el concepto filosófico de absolutismo*, no es posible ni útil que existan (p. 134). En una realidad en la que nada es definitivo y en la que el tiempo apremia, parece más racional tratar de proceder mediante herramientas retóricas que impulsen la praxis, que tratar de buscar sostenes de carácter absoluto, como sucede con el proceder de las ciencias —así lo descubre Blumenberg en su obra *Wirklichkeiten in denen wir leben* (1981)—.

Por su parte, Antonio Rivera, ha llevado a cabo la extrapolación del uso de la retórica como instrumento de combate frente al absolutismo de la realidad hasta el plano político, situando esta como herramienta fundamental de lucha contra los absolutismos políticos (ya el propio Blumenberg generó la hipótesis acerca del absolutismo de la realidad a partir de una metáfora política, como ha constatado Josef Wetz en *La modernidad y sus metáforas*). Partiendo de una primera afinidad existente entre retórica y democracia, manifestada a partir del uso que los sistemas democráticos hacen del instrumento retórico para alcanzar consensos, podemos dar otro paso y establecer una relación

más profunda teniendo presente que, así como el hombre se ha servido de las posibilidades de la retórica para distanciar el absolutismo de la realidad, la democracia hace uso de las mismas para evitar la instauración de sistemas absolutistas, manteniendo abierto con ellas el debate constante, propio de los espacios dominados por la probabilidad, que permite la visibilidad de los hombres.

Vivimos, además, en una época dominada por el absolutismo de la ciencia y la técnica, en un momento en el que nuestro propio constructo se ha tornado tóxico —como sugiere Vida Pavesich en su artículo *Philosophical Anthropology, Terror and the Faces of Absolutism* (p. 172)—, y en el que nos vemos obligados a utilizar elementos retóricos para tratar de retardar los efectos de una tecno-ciencia omnipotente, configurando instituciones que sirvan como aplazamiento o dilación de la acción. Es curiosa la forma en que dos lógicas se contraponen en el hombre —según ha denotado Antonio Rivera—: por un lado la compulsión a la acción que nos lleva a crear respuestas constantemente y por otro, la necesidad del aplazamiento a través de las instituciones, dadas las condiciones en las que se tornan algunas de esas respuestas; por ejemplo, en el caso de la omnipotencia divina, analizado por Manlio Della Serra en *L'irruzione metafísica*.

Tal y como indica Vida Pavesich, la retórica siempre se ha presentado como una alternativa al terror. Por una parte representa la disyuntiva al pánico provocado por el absolutismo de la realidad, desde la perspectiva blumenbergiana; por otra, desde su propia perspectiva, se articula como vía de escape a los horrores que llega a causar nuestro simbolismo creador. A menudo, nuestras propias construcciones simbólicas, que tratan de evitar el absolutismo de la realidad, se han transformado en absolutos culturales: han pasado de orientar la vida humana a dogmatizarla. A lo largo de la historia se ha justificado en numerosas ocasiones, por ejemplo, la precisión de un líder político sobre la base de la necesidad de orientación que caracteriza al género humano. Asimismo, multitud de mitos han llegado a convertirse en fundamentalismos o han desembocado en terrorismos. Pavesich rastrea en su artículo la aceleración del mundo moderno como posible causa de la conversión de nuestra producción simbólica, una aceleración que exige y demanda más sentido del que nuestra respuesta puede ofrecer y que, por tanto, acaba por forzarla y desvirtuarla. Coincide con Antonio Rivera en que la manera de contrarrestar los males que trae consigo una compulsión a la acción desmesurada, se encuentra en el proceder de los sistemas que hacen uso del instrumento retórico con el fin de dilatar y aplazar la acción.

A lo largo de la obra de Blumenberg, son innumerables las referencias que se destinan al edificio científico a partir de la justificación de la necesidad de la metáfora, frecuentemente para hacer alusión a las diferencias que estriban

entre las instancias científica y retórica, pero a su vez para remarcar las similitudes existentes entre estas. La disciplina científica ha tratado de ignorar su deuda frente al simbolismo y la retórica, en su intento de diferenciar el conocimiento que arroja de otro tipo de conocimiento que ha considerado perteneciente a un estadio pre-lógico, como el tributado por los mitos y las metáforas. La crítica subyacente desde el pensamiento blumenbergiano a los designios de las ciencias modernas comienza consolidarse dentro del marco interpretativo de su pensamiento y es considerada por sus receptores, llamando especialmente la atención sobre los límites bajo los que se encuentra sujeta la disciplina en dos sentidos: en cuanto a su capacidad para conocer y reflejar la realidad y en lo que respecta a su idoneidad como herramienta generadora de sentido y significado.

Por un lado, los resultados de la ciencia no dejan de ser parte de la obra humana y no son, como se pudo pretender, la manifestación del mundo nouménico. En palabras de Benlliure, *se está produciendo una fatal pérdida en la confianza en que la ciencia sea el modelo que determine lo que ha de valer como real* (p. 306). La teoría ya no es el reflejo de la realidad sino la construcción de esta, es parte de la creación simbólica del hombre y con ello, responde a criterios de probabilidad. El propio Cassirer había ya situado en su obra *Filosofía de las formas simbólicas* a la ciencia junto con el mito, el arte o el lenguaje, como fuerzas que establecen un mundo significativo en el que se hace visible lo invisible. Siguiendo esta línea, no ha podido por menos que perder fuerza el clásico debate desatado entre la retórica y las disciplinas que abogan por el conocimiento objetivo de la realidad, como la filosofía o la ciencia, teniendo en cuenta asimismo —como destaca Antonio Rivera— el empleo que la propia ciencia lleva a cabo de los medios con los que los mitos o las metáforas hacen significativo el mundo, tales como la repetición, la digresión, el rodeo o la prolijidad

A la pérdida del estatuto epistemológico de la teoría y la concepción de esta como producto de la imaginación se suma, por otro lado, la ineficacia del estadio científico para proveer a los hombres del sentido que reclaman, llegando incluso a privarlos del mismo, toda vez que ponen de manifiesto la facticidad y contingencia del mundo. A partir de lo que se conoce como el «giro retórico» descubrimos no sólo la posibilidad de sustituir la teoría en favor de la metáfora en función de su validez para dotar de sentido a la realidad —como apunta Cesar González Cantón— sino la racionalidad que descansa bajo la ponderación de las formas simbólicas metafóricas sobre la teoría en un sentido pragmático.

Seguirá pareciendo evidente, sin embargo, la aportación de la ciencia de cara a la consecución de mayores niveles de bienestar humano pero, llegados a este punto, ya no es posible ignorar no sólo que la ciencia bebe de la retórica

sino que además esta no va a poder cumplir las promesas sobre las que se consagró como modelo de conocimiento objetivo en el pasado. Con todo, el debate por la eficacia permanece abierto, como pone de manifiesto la contemporánea apuesta por el saber científico.

Las claves de la reflexión blumenbergiana sobre las condiciones en las que se da la relación entre el hombre y la realidad, nos permiten rastrear cualquier espacio de dominio humano desde una perspectiva racional y uniforme, concediéndosele al intérprete un amplio abanico de posibilidades de elaboración de diagnósticos aplicables al ámbito de acción humana que es, en última instancia, el que siempre le interesó al filósofo rescatar. Las recientes lecturas del pensamiento blumenbergiano recogidas en *Nuovi paradigmi d'analisi*, ponen de manifiesto que el filósofo tuvo puesto en todo momento el interés de sus reflexiones en el futuro, y esto es precisamente lo que hace tan atractiva la idea de escrutar las posibilidades de mejora de las condiciones de vida del hombre que traen consigo sus lecturas de manera en ocasiones implícita. El tratamiento de la filosofía de Hans Blumenberg llevado a cabo en *Nuovi paradigmi d'analisi* representa la oportunidad idónea para comenzar a recolectar el fruto de la semilla alojada por la filosofía blumenbergiana, cuya potencia está aun por descubrir.